

hicieron amigos. Se obedecían uno al otro, nadie daba órdenes. Era una relación amo-esclavo sin amo y sin esclavo. Más que una amistad, era un matrimonio. Se compraron un autito, y los viernes a última hora partían a su cabaá en el Lago de la Vela Perfumada. Por efecto de sus hábitos pequeño burgueses el Fin del Arte se devaluó a Fin de Semana.

Una gota fue a parar a la naturaleza exuberante de un país tropical, entre follajes de esmeralda cubiertos de rocío, malvas, hinojos y aceigas. Las bolas de rocío con las que jugaba al billar tenían corazón de hielo y pelo de sol. Y hubo en ella un principio de evolución: le crecieron unas antenas de goma, dos pares, las de arriba largas, las de abajo cortas, todas retráctiles. Caminaba por las hojas, comía una célula verde, la digería a la velocidad del rayo, y expulsaba un punto negro, un punto suspensivo. Tomó un color gris casi transparente, una forma alargada en la que se insinuaba una cabeza (con las antenas) una cola en punta en el otro extremo, y en el medio una joroba. Por la joroba empezó a secretar, con el excedente de sustancias que asimilaba y no quemaba el movimiento, un duro barniz amarillento que tomó la forma de un habitáculo espiralado hueco, y a partir de entonces se acostumbrió a retraerse dentro de él para dormir.

Unos niños la descubrieron casualmente y se la llevaron a su casa. La metieron en un frasco de plástico, la adoptaron como mascota. Con un alfiler hicieron agujeros en la tapa del frasco para que respirara. La llamaban Caracolito, y a cada rato se preguntaban: ¿Qué estará haciendo Caracolito? Iban a ver. Le suponían o inventaban estados de ánimo, deseos, sueños, aventuras, en su vida minimalista dentro del plástico transparente. La alimentaban con briznas mojadas de hierba, apio y

polenta.

Hasta que un día, cuando fueron a mirar, no estaba. Había revertido a gota de óleo de la Gioconda y se había ido por uno de los agujeros, repitiendo su patrón ancestral. Era una prueba de que no hay una sola Vida en el mundo, sino muchas distintas, que obedecen a distintas lógicas, y la evolución no basta para unificarlas.

Otros niños, estos urbanos, jugando en el living del departamento de un sexto piso, vieron una gota que en su vuelo sin rumbo se metió en el balcón y no acertaba a salir; el balcón tenía uno de esos protectores de alambre cuadrado que los padres instalaban en los balcones cuando tienen hijos pequeños.

—¡Papá, papá! ¡Un pajarito con bigote!

Revoleaba como asustada en el pequeño espacio lleno de macetas, con helechos y malvones, iba y venía, hacía ochos, loopings, cirabuzones, sin acertar con la salida. Adentro, al otro lado del vidrio, los chicos no se agitaban menos. Adivinaban que esa mosca divina no duraría allí, y aun a ellos, que vivían en la fugacidad de sus instantes de atención, los sobrecogía la eternidad de la fuga. Lo habrían querido tener de mascota. Le habrían hecho una casita de papel con puertas y ventanas, un iglú, una bicicleta de su tamaño.

Y de pronto, se había ido.

—¡Se escapó! ¡Papá, mamá, se escapó! ¡Era redondo, hermoso, precioso!

Por supuesto, nadie les creyó.

Mientras tanto, en Noruega, una gota iba hacia el norte helado en busca del ruiseñor de las nieves. Se internaba en un gran día sin fin atrás